

Agrupación de ateos polacos SPALA –

Presentación –

Me gustaría hablaros del ateísmo, la secularización, el anticlericalismo y la laicidad en Francia (2026) El declive del cristianismo, la visibilidad del islam y el uso de la laicidad como religión civil para neutralizar a la oposición

En primer lugar, en nombre de la Federación Nacional de Librepensadores (*La Libre Pensée*), quiero daros las gracias de todo corazón por vuestra invitación fraternal. Es un placer y una maravillosa ocasión para establecer vínculos entre nuestros movimientos y nuestras acciones, así como una excelente oportunidad para comprendernos mejor y comprender mejor lo que está sucediendo en nuestros respectivos países.

1. La situación de las religiones y del ateísmo en Francia: una sociedad altamente secularizada

Es evidente que Francia no se encuentra en la misma situación que Polonia. Las encuestas indican que más de la mitad de la población francesa se identifica como «sin religión». Sin embargo, hay que ser cautelosos en este punto: «sin religión» no significa ni la ausencia de creencias vagas en el más allá, ni la ausencia de superstición. Entre quienes se identifican con una religión, la mayoría no la practica activamente.

En lo que respecta al catolicismo, **Guillaume Cuchet** ha demostrado que, desde la década de 1960, está experimentando un fuerte declive. Ahora se oye decir que este declive se detendrá, o incluso que la tendencia se invertirá. Hay que ser prudentes. El número de jóvenes adultos que solicitan el bautismo parece aumentar (ligeramente), pero las familias son cada vez menos propensas a bautizar a sus hijos poco después del nacimiento. Los católicos practicantes solo representan el 1,5 % de la población francesa. (Esto supone muy poco)

La vitalidad del catolicismo, aunque sigue siendo la religión mayoritaria en Francia, no es comparable a la de las iglesias evangélicas, que se multiplican por todo el país. Al parecer, cada semana surge aproximadamente una nueva iglesia o comunidad evangélica (véase el trabajo de **Sébastien Fath** y **Philippe Gonzalez**). Estas iglesias ofrecen a las mujeres, en particular, un papel más importante en el culto, así como formas de solidaridad y comunión colectiva que la Iglesia católica ofrece con menos frecuencia.

Las **religiones musulmanas** también están en crecimiento. (Y esta es una gran diferencia con respecto a Polonia. Hay unos 4 millones de musulmanes en Francia, de una población de setenta millones de personas. Y esto se debe a la colonización, a las colonias francesas en el norte de África y en el África subsahariana, o en una isla del Pacífico como Mayotte. Argelia, hasta 1962, estaba compuesta por tres departamentos franceses. Por regla general, se observa que las personas que han sido colonizadas se van a vivir al país del colonizador.) Sin embargo, hay que ser prudente a la hora de hablar del islam en singular: existen diferentes formas de islam y de musulmanes cuyos vínculos con las creencias y prácticas varían considerablemente. El informe encargado en 2024 (dos mil veinticuatro) por **Gérald Darmanin** (**ministro del Interior**) sobre la influencia de los Hermanos Musulmanes en Francia muestra objetivamente que dicha influencia sigue siendo marginal y que tanto su número de adeptos como sus recursos financieros llevan disminuyendo desde hace unos veinte años. Contrariamente a los relatos promovidos por una parte de los medios de comunicación de derecha, las investigaciones sociológicas y demográficas muestran que la mayoría de los musulmanes practican el islam de una manera más individualista que tradicionalista. En cierto modo, tras dos o tres generaciones, los musulmanes descendientes de inmigrantes son franceses como los demás. El 63 % de los inmigrantes del norte de África de tercera generación contraen matrimonios mixtos o interculturales e interreligiosos. No es el caso de los musulmanes descendientes de turcos, por ejemplo. Estos siguen estando separados. Pero, por regla general, en Francia no existe el

multiculturalismo, es decir, las diferentes comunidades étnicas o religiosas viven separadas unas de otras o del resto de la sociedad. La derecha no solo quiere la integración, sino también la asimilación. La asimilación significa que las personas inmigrantes o que viven en Francia y proceden de otra cultura deben renunciar por completo a su cultura. Pero eso es imposible. El resultado es que los inmigrantes nunca serían tan franceses como deberían serlo, y eso da motivos, pretextos, a la derecha o a los extremistas para discriminar a estas personas.

Francia es una República democrática. Esto significa que Francia no es una nación étnica, sino una nación cívica. No es necesario ser católico, ni gustar de comer salchichas de cerdo, ni adorar a Napoleón ni a nadie más, para ser ciudadano con los mismos derechos que los demás ciudadanos. Eso ya es laicidad o laicismo. La separación entre derechos y obligaciones religiosas, culturales y políticas. El Estado o los funcionarios públicos no deben tener en cuenta lo que piensa la gente ni la prostitución. No es asunto suyo. Lo que importa es el respeto al derecho civil. El ámbito público es el derecho civil; el derecho religioso es un asunto privado.

La desaparición progresiva de los católicos practicantes, combinada con el aumento del número de musulmanes más comprometidos religiosamente, produce efectos políticos significativos. Cuando una comunidad religiosa solo representa el 10 % de la población, sus movilizaciones tienen un impacto directo mucho menor en el país.

El libro de Charles Mercier y Philippe Portier, **Les jeunes et leur laïcité** (2025), muestra asimismo que las personas de entre 18 y 30 años (de dieciocho a treinta años) mantienen una relación más liberal con la laicidad que sus mayores. Estos jóvenes pueden creer más firmemente en una vida después de la muerte, al tiempo que mantienen una relación no institucionalizada con la religión. Al no acudir necesariamente a lugares de culto y ya no referirse a los dogmas tradicionales, pueden considerar las creencias como elementos de conexión más que de separación. Así, nos encontramos con personas que se describen a sí mismas como católicas sin poseer una verdadera cultura religiosa: no saben qué es un sacramento o nunca han oído hablar de la Trinidad. **Emmanuel Todd**, sociólogo francés, utiliza el concepto de «católicos zombis» en contraposición al «catolicismo activo». (Por ejemplo, vas a un museo con cuadros y es posible oír a un niño o a un joven estudiante preguntar: «Disculpe, ¿quién es este hombre de la cruz?»)

Este declive de la práctica religiosa se corresponde con una fuerte y rápida secularización de la sociedad francesa: la religión ocupa un lugar cada vez menos importante en la vida de los franceses, tanto simbólica como prácticamente. Esto implica una pérdida de la cultura religiosa sin que ello fomente automáticamente la cultura científica. La supresión de las matemáticas del tronco común del plan de estudios de secundaria superior en el marco de la reforma Blanquer, aunque desde entonces se hayan reintroducido en una versión reducida, ciertamente no ha contribuido a mejorar la alfabetización científica y epistemológica ni la competencia de la población.

2. La persistencia del clericalismo

Aunque la sociedad francesa se ha secularizado en gran medida desde la década de 1960 y el catolicismo ha perdido gran parte de su influencia, no debe concluirse que el clericalismo, o incluso la religión en sí misma, sean cosa del pasado.

La Iglesia católica sigue ejerciendo presión sobre la política. La **visita del Papa a Francia a finales de septiembre** será un ejemplo visible de ello. Aunque la Asamblea Nacional aprobó el 15 de julio una ley sobre **los cuidados al final de la vida**, que autoriza, bajo determinadas condiciones específicas, el suicidio asistido y la eutanasia para ciertas personas que padecen enfermedades incurables, el papa León XIV se opondrá a esta ley durante su visita. **Esto tiene que ver con el laicismo, ya que afecta a la libertad de conciencia. Como todas las grandes leyes laicas, es una ley de libertad. Permite a quienes no quieren soportar un sufrimiento innecesario partir antes. Pero esto no priva de libertad alguna a los católicos que rechazan el suicidio asistido o la eutanasia. El mismo principio se aplicó a la ley sobre el**

aborto. Esta ley concede libertades a las mujeres, pero no priva de libertad alguna a las mujeres practicantes, salvo la libertad de imponer sus creencias religiosas al conjunto de la sociedad. El sentido que uno le da a su vida, el sentido que uno le da a su muerte, es un asunto personal.

En un país laico, la Iglesia tiene, evidentemente, derecho a instar a sus fieles a que cumplan sus prescripciones religiosas. Por otra parte, no tiene derecho a exigir la derogación de una ley ni a ejercer presión política. La cuestión es aún más delicada si se tiene en cuenta que la acogida y la seguridad del Papa correrán a cargo de los servicios del Estado y, por lo tanto, serán financiadas en parte por todos los contribuyentes.

El clericalismo cotidiano de la Quinta República, sin embargo, se manifiesta sobre todo en el uso y la instrumentalización de las religiones por parte de los políticos. La derecha y la extrema derecha, pero también una parte del centro y de la izquierda, pueden utilizar el islamismo, e incluso el propio islam, como objeto de miedo para justificar nuevas formas de control y represión, al tiempo que movilizan el cristianismo como elemento de la identidad francesa mediante el cual un «nosotros» se opone a los extranjeros o a quienes supuestamente amenazan nuestra cohesión nacional.

Como sabéis, en 2015 (dos mil quince), Francia sufrió graves atentados terroristas reivindicados por islamistas o por el Estado Islámico. Varias figuras muy populares que defendían la libertad de caricatura y de expresión y que trabajaban para el periódico Charlie Hebdo fueron brutalmente asesinadas.

El problema es que el Gobierno de entonces, en particular el primer ministro **Manuel Valls**, utilizó la laicidad para combatir el terrorismo islamista. Sin embargo, el terrorismo islamista o los fenómenos de radicalización religiosa no pueden combatirse mediante la laicidad. Si lo hacemos, convertimos la laicidad en un instrumento de represión, una herramienta policial, una herramienta de vigilancia y control. El terrorismo o la incitación al odio y al asesinato, al igual que los abusos sectarios, ya están prohibidos por la ley.

Además, la ley de 1905 (195) sobre la laicidad incluye disposiciones jurídicas que obligan al Estado a proteger a las personas contra toda forma de presión religiosa o de discriminación religiosa.

En este mismo momento, en Francia, el proyecto de ley contra la infiltración islamista, presentado por **Bruno Retailleau** y aprobado en primera lectura por el Senado, es una **laicidad representativa** falsificada. Se centra en un separatismo islamista presentado como una amenaza para los valores republicanos, en particular para la igualdad entre mujeres y hombres, sin tener siempre en cuenta que ciertas formas de fundamentalismo cristiano podrían estar sujetas a los mismos criterios.

Por ejemplo, este año, la derecha ha solicitado una comisión parlamentaria de investigación para determinar si existen partidos políticos islamistas o si algunos partidos políticos adoptan una política clientelista hacia determinados musulmanes.

La investigación demostró que no se había producido ninguna infiltración islamista o musulmana en los partidos políticos. No existe un «voto musulmán». Los musulmanes son más conservadores que los ateos y, por lo tanto, deberían votar a la derecha. Pero, como son discriminados por la derecha, votan a partidos de izquierda, ya que estos no aplican políticas identitarias, nacionalistas y discriminatorias.

Vincent Tiberj, sociólogo político, basándose en encuestas, demuestra, por el contrario, que los católicos son más intransigentes que los musulmanes, es decir, que son más propensos a considerar que el derecho religioso prevalece sobre el derecho civil.

Por lo tanto, se podría decir que numerosos dirigentes políticos, desde el Partido Socialista hasta la extrema derecha, pretenden combatir el separatismo islamista al tiempo que cristianizan simultáneamente el Estado y la sociedad, y presentan implícitamente el separatismo cristiano como una situación normal, ya que Francia, desde un punto de vista histórico y cultural, sería un país cristiano. Esta normalización de una forma particular de clericalismo va acompañada de una inversión

del sentido del principio de *laicidad*.

3. «Laicidad falsificada»

Históricamente, la *laicidad*, establecida bajo la Tercera República, garantiza la libertad de conciencia y pone fin a la financiación pública de las organizaciones religiosas.

Cuando se estaba redactando la ley del 9 de diciembre de 1905 (diecinueve y cinco), coexistían varias concepciones en conflicto. El propio librepensamiento estaba dividido entre una tendencia liberal, representada sobre todo por **Aristide Briand**, y una tendencia intransigente encarnada por **Maurice Allard**. Estos últimos no solo buscaban la separación entre la Iglesia y el Estado, sino también el debilitamiento, o incluso la supresión, de las Iglesias por parte del Estado. Por lo tanto, defendían una forma de *laicidad basada en la prohibición* que podría conducir al ateísmo de Estado.

Briand, aunque él mismo era ateo, consideraba **que esta estrategia era políticamente contraproducente**. Habría permitido a los católicos, que entonces constituían una amplia mayoría, presentarse como mártires o víctimas. La ley debía, por tanto, garantizar la libertad de conciencia y la libertad de culto, al tiempo que imponía la neutralidad del Estado. En lugar de prohibir, por ejemplo, el uso de vestimentas clericales en los espacios públicos, prefería considerarlas como prendas que todo el mundo podía llevar libremente.

La Federación Nacional de Librepensadores (la Libre Pensée) sigue fiel a esta concepción. Filosóficamente, aboga por el ateísmo, la libre investigación, el método científico y el racionalismo, al tiempo que defiende la libertad de conciencia, condición indispensable para la libertad de investigación y de pensamiento.

El librepensamiento o la Libre Pensée no está a favor de la prohibición de las religiones en la sociedad o en la esfera pública, aunque se oponga a ellas o las combata.

Sin embargo, esta concepción histórica y liberal de *la laicidad*, asociada a Briand y Jean Jaurès, ha sido objeto de numerosas tergiversaciones desde hace más de treinta años —en particular desde 1989 (1989 (1989)), el caso de Creil relacionado con el islam o el caso del velo. Algunos dirigentes políticos actúan como si *la laicidad* significara relegar la religión a la esfera privada. Sin embargo, aunque impone una separación entre el Estado y las autoridades religiosas, no prohíbe en absoluto que las religiones se manifiesten públicamente mediante procesiones, concentraciones, carteles o actos de proselitismo. *La laicidad* se refiere al Estado, a sus representantes y a sus funcionarios; no se refiere a la sociedad en su conjunto.

La «nueva laicidad», teorizada sobre todo por **François Baroin** en 2003, rompe con esta concepción. Tiende a sustituir la libertad de conciencia por un deber de discreción religiosa y, de este modo, ha allanado el camino para la ley de 2004 (dos mil cuatro) sobre los símbolos religiosos visibles en las escuelas, que se dirige especialmente contra el velo islámico.

Este desarrollo debe entenderse en **su contexto**: el caso Creil/caso del velo, el fin de la Guerra Fría, los atentados del 11 de septiembre de 2001 (dos mil uno), la difusión de la tesis del «choque de civilizaciones», las crecientes dificultades para integrar a las poblaciones procedentes de la inmigración poscolonial, la llegada de la extrema derecha a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de 2002 y, por último, las repercusiones del conflicto israelo-palestino en Francia.

La nueva *laicidad* adquiere así una dimensión represiva, identitaria y nacionalista. Tiende a transformar un principio democrático que garantiza el pluralismo en un valor nacional cuasi-religioso, o incluso en una forma de religión civil. En una Francia en plena descristianización, mientras crece la visibilidad musulmana, algunos dirigentes políticos convierten *la laicidad* en un instrumento de represión: o bien se adhieren a los

«valores de la República», o bien se es sospechoso de separatismo. Estos valores, rara vez definidos,

se presentan entonces implícitamente como más cercanos al cristianismo que al islam.

Por lo tanto, es esencial distinguir entre principios y valores, ya que el secularismo es una modalidad política.

Un principio es una norma que se debate y se establece de forma racional, y que debe respetarse. Un valor es algo en lo que hay que creer, a lo que hay que aferrarse. El laicismo es un principio político que garantiza la libertad de conciencia mediante la separación entre el Estado y las Iglesias, la neutralidad del Estado en los asuntos religiosos y la no financiación de las Iglesias o confesiones religiosas. Pero el laicismo no es una religión civil, no es un valor, no es un objeto de culto.

En nombre de la lucha contra el islamismo, se fomenta así una sospecha de separatismo con el fin de exigir lealtad a la República, o incluso al Gobierno en el poder. *La laicidad* se ha convertido, por tanto, en una cuestión étnica: se dirige principalmente contra los musulmanes y se convierte en un medio para desacreditar ciertos movimientos de oposición política, disolver asociaciones o prohibir las movilizaciones. Cuando debería seguir siendo un principio democrático fundamental, se instrumentaliza para silenciar, prohibir y generar una unanimidad nacional despolitizadora.

La nueva *laicidad* es, por tanto, en varios aspectos fundamentales, lo contrario de la *laicidad* histórica, aunque sus defensores afirmen seguir la tradición de Briand y Jaurès.

En medio de esta confusión, la Libre Pensée (la Libre Pensée) puede dar la impresión de defender las religiones, y el islam en particular. Sin embargo, es importante dejarlo claro: filosófica y políticamente, la Libre Pensée (o los librepensadores) se opone al islam tanto como al catolicismo y lucha contra todas las formas de monoteísmo. Pero su labor militante debe tener en cuenta el contexto político. Su ateísmo no debe llevarla a hacer declaraciones sobre el islam que puedan reforzar a la derecha nacionalista y a la extrema derecha, que utilizan la religión para dividir las movilizaciones populares contra las políticas neoliberales. (Y sé que esto supone un problema para algunos de vosotros o que es una cuestión importante luchar con firmeza contra el islam y, más aún, contra el islamismo, proteger a la sociedad contra el islamismo y no pertenecer a un partido de extrema derecha, ni tener, en definitiva, el mismo discurso y el mismo proyecto que un movimiento de extrema derecha.)

En Francia, la sospecha de infiltración islamista se ha convertido en un instrumento potencial para reprimir a la oposición de izquierdas.

La cuestión palestina ilustra especialmente esta situación. La crítica a la política del Gobierno israelí hacia el pueblo palestino se equipara con frecuencia, desde la extrema derecha hasta el Partido Socialista, con el antisemitismo o con el apoyo al terrorismo. Un proyecto de ley Yadan, finalmente abandonado o aprobado en una versión muy suavizada en el proyecto de ley Berger-Lecornu, tenía como objetivo concreto equiparar la crítica al sionismo, como ideología y proyecto político, a un acto antisemita —es decir, a un delito penal—. Las propuestas para luchar contra la infiltración islamista y el proyecto de ley Yadan se inscriben, por tanto, en la misma lógica de restricción del debate político.

La Libre Pensée o Libre-Pensée es laica porque considera que la *laicidad* es la mejor protección contra la reactivación de conflictos religiosos, identitarios o nacionalistas con fines de dominación y explotación.

EN CONCLUSIÓN:

Es la primera vez que mi pareja, Émilie, y yo venimos a Polonia, y nos sorprende la magnitud de esta presencia religiosa. Hay cruces por todas partes. Por todas partes hay iglesias, cruces religiosas al borde de la carretera, himnos religiosos y ceremonias religiosas. La religión sigue impregnando la vida cotidiana.

Además, ayer oí decir que el Estado polaco destina cada año 70 (setenta) mil millones de zlotys a la Iglesia católica. El dinero de los contribuyentes polacos se utiliza para pagar los sueldos y las prestaciones de los sacerdotes que se aprovechan de la credulidad de la gente.

Durante mucho tiempo, los republicanos franceses no quisieron separar la Iglesia del Estado ni abolir el Concordato, ya que quien paga es quien controla, y el Estado quiere controlar a las Iglesias y a los individuos.

Pero cuando se instauró la laicidad, lo decisivo fue el artículo 2 de la ley de financiación: estipula que el Estado no debe pagar los sueldos ni subvencionar a ninguna religión.

Si los creyentes quieren iglesias, deben organizarse para financiarlas.

Cuando la Iglesia deja de recibir dinero del Estado, siempre hay ricos dispuestos a financiarla, pero su visibilidad disminuye y comienza su declive.

Desde la ley que establece el laicismo, ya no es posible erigir una cruz ni ningún otro símbolo religioso en un bien público. Y casi cada mes, la Libre Pensée emprende acciones judiciales para hacer cumplir la ley y lograr que se retiren los símbolos religiosos de los espacios públicos.

Este es el camino que ha seguido Francia y la Libre Pensée intenta mantener ese rumbo. Polonia debe encontrar su propio camino.

Dado que promueve el ateísmo y la liberación del individuo, la Libre Pensée (la Libre Pensée) no quiere ni a Dios ni a ningún amo. Proclama: **«¡Abajo el orden clerical, y viva la social!»**

La secularización es un proceso que debe proseguirse de forma continua, y pueden contar con la Libre Pensée (la Libre Pensée) para que no se detenga a mitad de camino.

Gracias por su atención, y les deseo unas reuniones muy productivas.

Clément Denuit (en nombre de la FNLP)